metros por encima de sus cabezas, vive en perpetua penumbra. Podría hablarse de una América aletargada por el beri-beri, idiotizada por la risa sardónica de los bosques, excitada por la lujuria vegetal de la selva. Cierto que en la fisonomía de los pueblos existen otros varios factores aparte de su geografía, y que incluso en el ámbito de ésta, la selva no pasa de ser uno de sus varios elementos; pero sucede a veces que uno de estos factores, que en ciertas zonas carece de importancia, en otras se crece hasta llegar a convertirse en factor dominante y dar la tónica general a la región. Esta es, precisamente, la causa de que unos países difieran tanto de los otros, y, en consecuencia, de la variedad misma de los pueblos. Y en este sentido cabe hablar de que la selva, en grandes zonas de la América tropical, ha impuesto su sentido y su carácter. Y esta selva es la áspera y hosca que Rivera descubre en su *Vorágine,* dominadora de las personas, y no la suave de Jorge Isaacs, importada de la Europa francesa y válida tan sólo para algunos valles costeros. Rivera, en su elección, fué más sincero que sus predecesores, ya que la América tropical, más que dominadora, ha estado hasta ahora dominada por su salvaje geografía. Es de esperar que la añoranza de sol, de luz, sea también para estos países un revulsivo que algún día logre imponer su benéfica influencia.—José Antonio Galaos.

INDICE DE EXPOSICIONES

Veinte años de pintura de vanguardia en España

La Editora Nacional ha publicado un interesante volumen que firma nuestro querido compañero Carlos Antonio Arean y que, bajo el título de *Veinte años de pintura de vanguardia en España,* hace cumplida historia estética de uno de los movimientos nacionales más importantes —¿no el más?— del concierto universal.

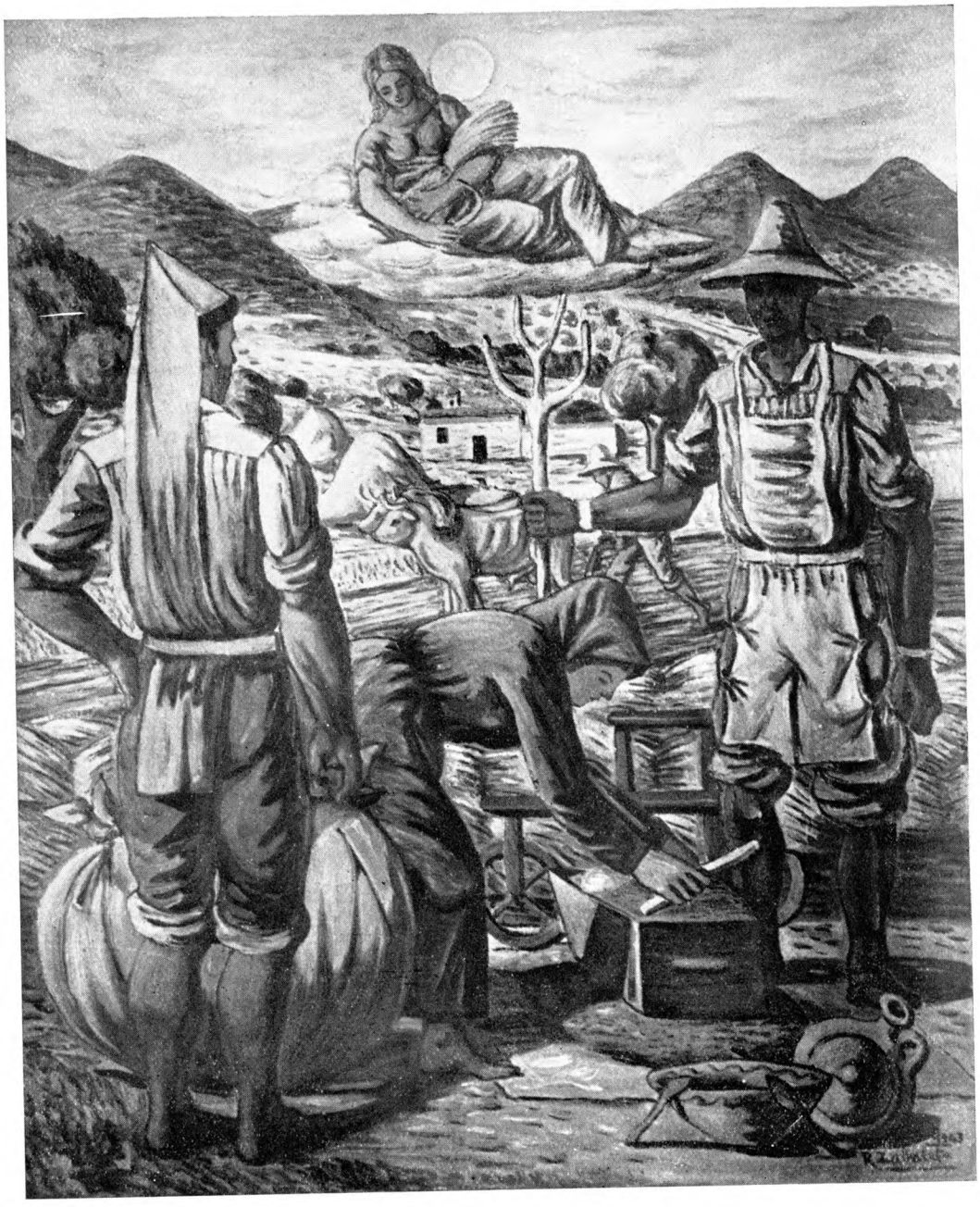
Asistentes, y espectadores, a la aparición y gozo de la nueva pintura, hemos seguido paso a paso y día a día la evolución de una formación estética, que si bien tiene muchos signos definitivos antes de 1936, y en varios nombres, comienza a formarse en Madrid en tiempos heroicos; en esos tiempos que recordaba Camón Aznar en reciente conferencia, en los cuales éramos pocos, muy pocos, los que contra muchos fetichismos hubimos de luchar: tiempos de las exposiciones de Palencia en la calle de la Palma, de Ortega Muñoz, entre silencios de muerte, hasta llegar a la creación de la Academia Breve y de los dorsianos salones de los Once. Carlos Antonio Arean, con

agudeza, peso y medida, realiza ahora en el sosiego, en buena edad de oro de la nueva pintura española, un estudio sobre la evolución de las nuevas corrientes pictóricas. Lo hace precisando conceptos para cada pintor y para cada tendencia. Realiza un documental histórico y estético de gran trascendencia. Esta cobrará potencia conforme el futuro avance sobre nosotros. Carlos Antonio Arean ha puesto como prólogo de su libro unas palabras del escritor y compañero, que bien puede considerarse el infatigable apóstol del arte abstracto y del informalismo, Juan Eduardo Cirlot, quien «explica» las esencias artísticas que son módulo de *Veinte años de pintura de vanguardia en España:* «Con la exploración a fondo de las subjetividades valederas —hasta topar con los confines de lo factible—, la gloria máxima de la pintura del presente habrá de consistir, sin duda, en la definición de un nuevo reino de lo objetivo: el de la imaginación de la forma, la calidad y el color puros, dominio tan coherente y autónomo como el escondido empíreo de los «universales» que Platón transformó en otra esfera celeste.» El acierto en la elección de guión principal sigue a través del abundante texto, de las muchas sugerencias y los acertados juicios que hace el autor en una auténtica metodología de las nuevas tendencias, de inestimable utilidad para el conocimiento de un apartado fundamental del arte español contemporáneo.

El colombiano Loochkartt en el Instituto de Cultura Hispánica

Durante nuestra estancia en Colombia conocimos la obra de este artista, que tiene ya categoría de buen pintor entre las nuevas generaciones, y que ahora, en el Instituto de Cultura Hispánica, hace demostración de un propósito que él mismo explica así: «Las pinturas que presento tienen la validez de ser fruto hispanoamericano por su consciente intención y enriquecimiento a través del filtro del arte contemporáneo de Europa. Confirmo en mi pintura la presencia de una naturaleza íntima, donde la aguda visión da nueva forma plástica a los cuerpos. Amo los seres y las cosas en las que puedo penetrar profundamente y busco la naturaleza auténtica...» Ese afán de autenticidad, de superrealidad que pretende el pintor, adquiere en su obra acento principal, evitando que una elaboración de canon estético reste eficacia al natural nacimiento y expresión de una pintura que fluye para ser fin de precisas intimidades del creador.

Campesinos, de RAFAEL ZABALETA



Campesinos, óleo de RAFAEL ZABALETA

Hamed Nada y Nadler

El Club Urbis presenta la obra de este artista mediterráneo que se siente tradicional en su postura estética siguiendo la línea emotiva y expresiva del antiguo arte egipcio, aunque dándole una notificación actual, en la que destaca la ternura. El hieratismo está impregnado de una emoción sensible, siguiendo fiel a las formas que simbolizan la plástica nacional egipcia. Con el regusto antiguo la exposición tiene una originalidad que acaso tenga su atracción en ese retorno que hace hábilmente Hamed Nada.

La obra de Goya imprime su sello a la producción abstracta de Harry Nadler, primer pintor norteamericano venido a España con una beca de la Fundación Fulbright. El recuerdo de la pintura «negra» del maestro aragonés y de los «desastres», traducido a las nuevas formas de expresión, es el mejor recuerdo de esta exposición que revela a un artista en el signo de la esperanza.

Homenaje de los pintores madrileños a Zabaleta

En la Sala de la Sociedad de Amigos del Arte, los pintores madrileños han rendido recuerdo y homenaje a un pintor andaluz: Zabaleta, muerto hace un año.

Con esta exposición se afirma magníficamente una temporada. Lo magnífico viene a cuento no sólo por la calidad de las obras que se han expuesto, sino por el buen detalle —tan escaso— de unión, de camaradería y homenaje al compañero ido en pleno triunfo, cuando ya todos nos habíamos dado cuenta de que Rafael Zabaleta, silencioso, pueblerino —gracias a Dios— y recoleto, había descubierto nada menos que un nuevo paisaje del mundo: las tierras jiennenses de Quesada y sus hombres. Con un mundo al parecer tan pequeño, Zabaleta había obtenido la admiración de Picasso, quien como despedida al artista, que fué a saludarlo, le dijo: «No se vaya nunca de Quesada.» Y así lo hizo Rafael Zabaleta: aunque viniera a Madrid, él seguía en Quesada; vino a la llamada de Eugenio d'Ors y el Salón de los Once puso a Zabaleta en circulación por los caminos universales de la pintura.

En las salas figuran, junto a los cuadros de Zabaleta, los lienzos de otros descubridores del paisaje español: Ortega Muñoz, Benjamín Palencia y Francisco Lozano. Los cuatro nos hicieron ver lo mismo de manera diferente. En ellos, la pintura sirvió para que aprendiéramos muchas cosas. Y al lado de estos madrileños de adopción, los cuadros de los pintores que hacen guardia en el café Gijón: toda la Escuela

de Madrid y todas las tendencias, que con tanta fortuna se abren en esta fácil y difícil ciudad.

Los pintores han hecho un bello catálogo, que es el mejor recuerdo de este certamen y de este bello gesto. Fotografías de lienzos de Zabaleta, fotografías de los cuadros que figuran en la exposición y textos de varios escritores que han glosado la obra de Zabaleta. Sea el primero el de Eugenio d'Ors, de quien son estos párrafos: «Rafael Zabaleta, a quien no estoy lejos de considerar como el pintor español más interesante de nuestros días —el que encima de tener un cosmos propio sabe expresarlo en un estilo inconfundible—, al ser invitado al Salón de los Once, pocos días después de la clausura de una gran exposición propia, coronada por el éxito más dilatado, no ha acudido al recurso de lo que en la germanía de lo nuestro se llama «el refrito». No ha sacado otra vez una obra ya exhibida, como en oferta a nuevos postores, sino que honestamente, con su probidad de caballero artista —como lo es tan fino andaluz, a la vez que *gentleman farmer*—, ha tomado tren tras taxi y autocar tras de tren; ha corrido a encerrarse en su pueblo mientras en Madrid humeaba aún el incienso de las gacetillas laudatorias; se ha puesto en su casa a trabajar a lo nuevo, y a vuelta de un mes, aporta nuevamente por acá, trayéndonos tres óleos nuevos con la pintura fresca al llegar todavía, los cuales óleos, al ser expuestos hará una semana, han arrancado a los profesionales del arte y a un sector del público avisado, verdaderos gritos de admiración...»

La glosa dorsiana sigue en loa hacia el buen Zabaleta. D'Ors fué quien lo descubrió y lo impuso. Aún suenan en nuestros oídos las voces del maestro cuando en memorable sesión del jurado de la I Bienal Hispanoamericana, al ser invitado a que dijera su terna, contestó: «Zabaleta, Zabaleta, Zabaleta...»

Rodríguez Aguilera dice de Zabaleta: «...Los secretos de París, los secretos del arte libre y universal de nuestro tiempo fueron el medio de que Zabaleta se valió para darnos en el lenguaje intelectual de su pintura uno de los episodios más auténticamente de nuestro país y de nuestro tiempo. Y todo ello sin descender ni por asomo a lo panfletado, a lo folklórico a lo nacionalista...»

De Gabriel Celaya podemos escoger este párrafo: «Por eso, cuando miro un Zabaleta y no sólo veo lo que muestra, sino, como refrescado, me siento invitado a ver de verdad cuanto es, revivo aquella maravilla y aquella emoción con que Goethe viendo un asno dijo un día: «¡Qué verdadero! ¡Qué existente!...»

Faraldo dice: «Además de pintar como nadie, cuenta como nadie los misterios de la serranía. Hay que oírle para comprender hasta

dónde sus cuadros podrían servirle de ropa interior, hasta dónde su nuca y su paso se apropian del acecho de un buho, del hambre de un mastín, del disparo mortal de un cuquillero...»

Los pintores madrileños han cumplido un buen quehacer, un bello quehacer, prestando gloria e interés a uno de los pintores contemporáneos más interesantes que hemos tenido y que nos ha legado una obra ante la cual, ante su gran ventana, un mundo nuevo que él descubrió se abre por los siglos de los siglos...

Historia y grandeza de la plaza Mayor madrileña

Allá por los buenos tiempos de Juan II había en la villa de Madrid una pequeña plaza de traza irregular, de pobres construcciones, que los documentos de la época llamaban plaza del Arrabal, pues arrabal del pueblo madrileño era el lugar, de míseros edificios y de descompasado suelo, donde se alzaba la tal plaza, que fué tomando fisonomía cuadrada cuando los regidores, ya en el siglo XVI, demolieron varias casas para construir carnicerías, y la Casa de la Panadería, cuya construcción fué encomendada al alarife Diego Sillero.

La llegada de la Corte hizo necesario que la plaza del Arrabal fuera demolida en los edificios que todavía la afeaban —que eran casi todos— y que en su lugar se alzara nueva plaza, cuyo trazado mandó el rey Felipe II, ordenando que fuera rápido para que la nueva capital del imperio más grande que conocieron los siglos tuviera un recinto público digno de tal nombre. Y en 1517, el maestro Juan Gómez de Mora comenzó la construcción encomendada, y en el corto plazo de dos años, el que fué discípulo predilecto del gran Herrera dió por acabado su trabajo.

Era la plaza de traza rectangular. Su longitud, de 435 pies por 334 de latitud y constaba de 136 casas con porches. Las fachadas estaban hechas de ladrillo rojo y se hallaban coronadas por terrados y azoteas, defendidos por una balaustrada de hierro pintado de negro y oro —que ahora muy acertadamente se ha resucitado, empleando los mejores tintes y pátinas—. Más de 3.500 habitantes tenían las 136 casas, y en días de fiesta cabían en su recinto más de 50.000 espectadores, casi toda la población de la nueva capital.

La Casa de la Panadería reservó sus pisos altos para el servicio de los reyes y enfrente se alzó la Casa de la Carnicería, destinándose los portales al comercio, que se distribuyó por gremios.

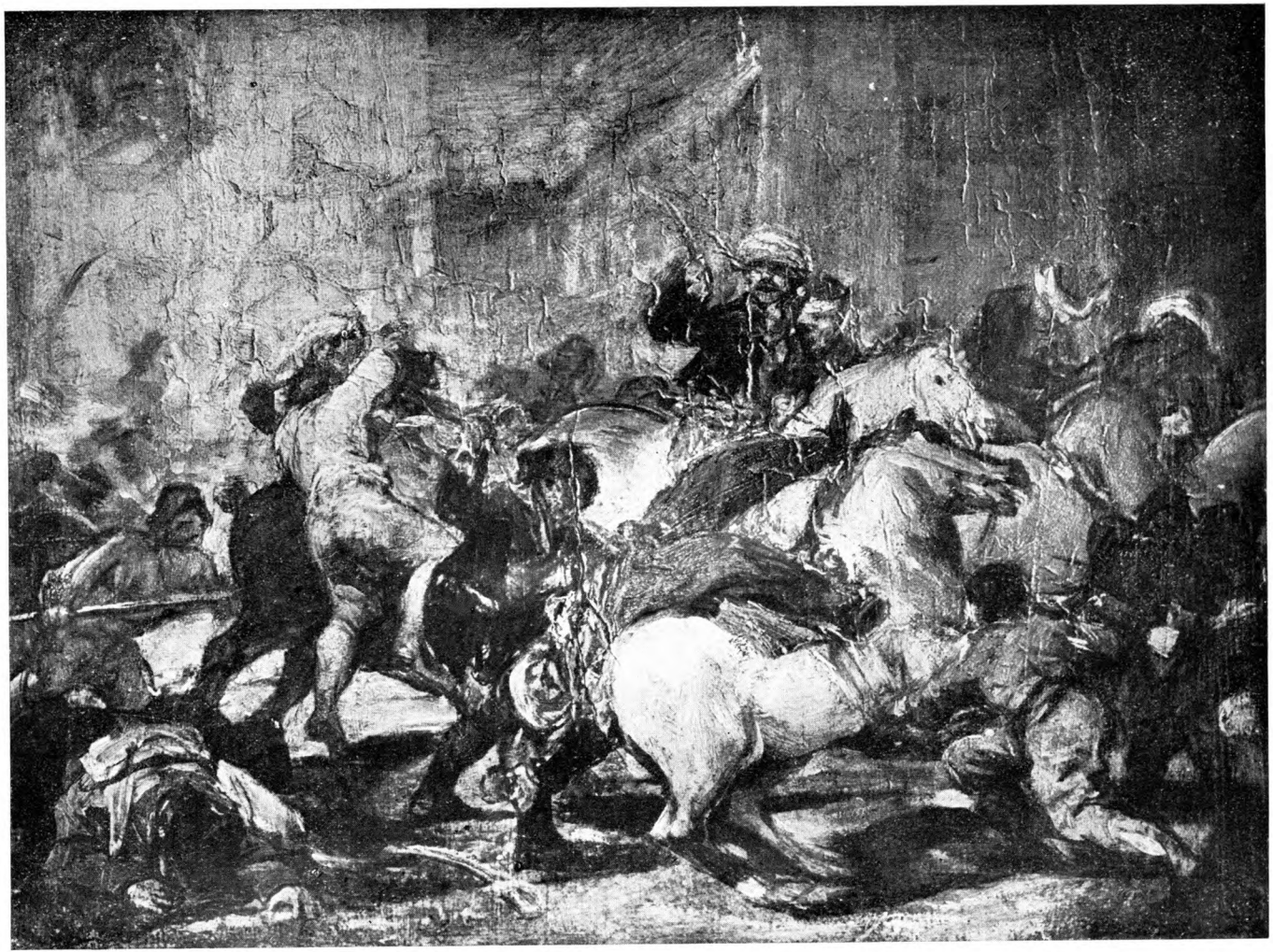
Las fiestas celebradas en la plaza Mayor —así se llama ya en el plano célebre de Teixeira— fueron numerosísimas. La primera y más «sonada» fué la hecha en honor del Patrón de la Villa: San Isidro

Labrador. Corría el año 1620. Una solemne procesión recorrió el recinto con el cuerpo del santo encerrado en rico arcón de plata, donado por el gremio de plateros de la Villa. Dos años después, la canonización del santo labrantín dió motivo a otras fiestas, y en 1623, con motivo del proyectado matrimonio del príncipe de Gales con la hermana del rey Felipe IV, volvieron las fiestas, no sin que antes, en 1621, la flamante plaza fuera escenario del fin del poderoso don Rodrigo Calderón.

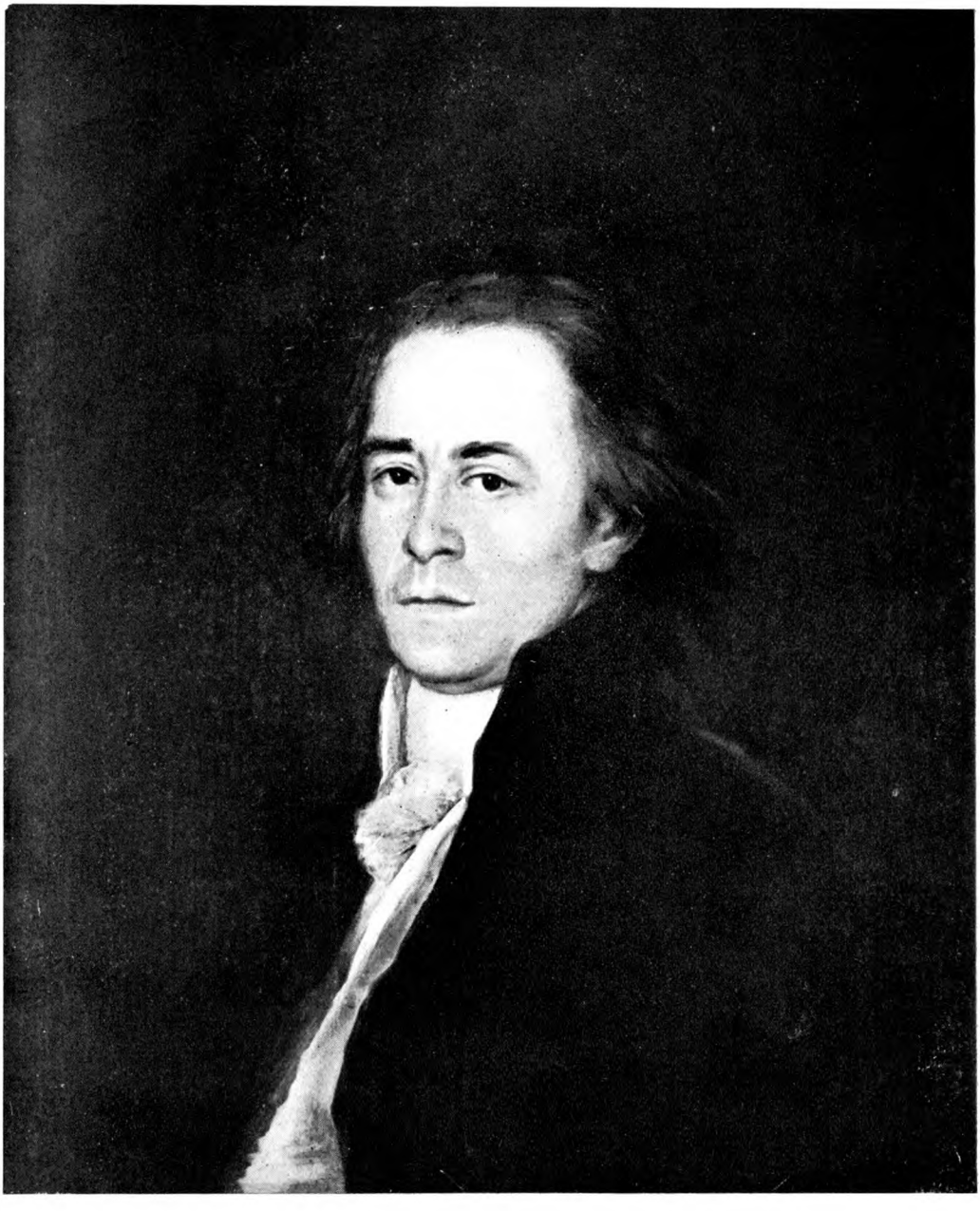
Proclamación de reyes, desde Felipe IV a Isabel II, fiestas de toros, autos de fe, siguieron en el paso de los siglos, sin que faltasen tres incendios que devastaron la plaza y, uno de ellos la Casa de la Panadería, reconstruída por Donoso y decorada en su interior por Claudio Coello, conservándose las pinturas de ambos artistas tras muchos avatares y restauraciones, correspondiendo las pinturas del exterior a Martínez Cubells y Mélida. El interior de la Casa de la Panadería conservó siempre esplendor propio a pesar de las pérdidas, más acentuado cuando fué repuesto el zócalo de azulejos y enriquecido el interior con mobiliario y magnífica colección de tapices.

En la Casa de la Panadería ha estado instalada la Junta de Nobles Artes, la Academia de Bellas Artes de San Fernando, la Academia de la Historia, la Biblioteca Municipal y, ahora, el Archivo de la Villa, que tanta atención merece.

Esta breve síntesis es obligado prólogo para hacer el elogio que merece el actual Ayuntamiento que preside el conde de Mayalde, que ha logrado que la plaza Mayor sea obligado lugar de peregrinaje turístico y se haya convertido en uno de los monumentos más bellos de la fácil y difícil ciudad de Madrid. El color dado a las fachadas es un acierto, así como las losas del pavimento, obra perfecta de cantería hecha por maestros especialistas, aciertos a los que hay que añadir los techos de pizarra de las buhardillas, la «limpieza» de vendedores ambulantes bajo los soportales, el haber dejado la estatua de Felipe III en el centro de la plaza, que así cobra proporciones y medida. Sólo queda por derribar alguna construcción que alza su mezquindad cuando el espectador mira desde el piso hacia los tejados; pero eso es poco comparado con lo mucho y bien —que es lo difícil— que se ha hecho, todo en una labor de reconquista feliz de este Madrid, que tanto necesita de buen amor, de buen entendimiento y de que, a la par que crece y aumenta, se cuiden los monumentos, los vestigios, las piedras que fueron, pues en su recuerdo queda la historia de la ciudad con ese halo de poesía y leyenda que es, al fin y a la postre, lo que salva todo, aun lo insalvable.



Boceto de *El 2 de mayo*, expuesto en el Casón



Retrato de Juan Meléndez Valdés, lienzo que figura en la magna Exposición

Excelente idea y excelente realización la hecha por la corporación municipal en ese Casón, tan felizmente rescatado para la capitalidad por nuestro inolvidable Gallego Burín. Lo que fué destartalado almacén de yesos ha quedado convertido en edificio señero que afirma su abolengo, primero imperial y más tarde de recinto real dieciochesco de besamanos. En el buen aire y clima que ya tendrá siempre el Casón, por el que pasaron generaciones de famosos pintores actuales, se ha instalado una magna exposición de obras de Goya. Y si ayer la conmemoración velazqueña seguía el ritmo excepcional que le daba la cercanía del Museo del Prado, ahora en el caso goyesco se repite el acierto, ya que aquel que quisiera conocer lo mejor de la obra del creador de la pintura moderna, desde las salas de la primera pinacoteca pasa al Casón, donde puede admirar obras fundamentales, rara vez reunidas, y que ahora el buen acierto del Ayuntamiento, con la colaboración de la Dirección General de Bellas Artes, permite contemplar, establecer comparaciones, seguir períodos y advertir evoluciones.

Es de destacar la labor del Ayuntamiento madrileño, que tantos beneficios artísticos nos viene concediendo. El buen testimonio de la plaza Mayor, del Museo de la Fuente del Berro, de la estatua de Felipe II, permite la esperanza en la tarea —tan urgente y necesaria— de conservar la fisonomía de la ciudad, de resucitarla o de inventarla. La exposición posee un conjunto excepcional. Es pórtico la «Alegoría», que figura de manera permanente en el Ayuntamiento, que empezó siendo pintada como homenaje al buen José I y terminó —tras varios avatares fernandinos— siendo alegoría del heroico Dos de Mayo...

Si decimos que figuran reunidos estos retratos: «La Tirana», «Condesa de Chinchón», «Duquesa de Alba», «Conde de Fernán Núñez», «Conde de Puñoenrostro»... habremos hecho el mejor elogio de una exposición que es muy difícil que vuelva a repetirse y que si algún defecto tiene es la falta de «notificación» universal y hasta nacional, pues constituye en la historia del arte un documento de particular interés, que debiera ser comentado con precisión crítica mundial, fuera de los obligados noticiarios periodísticos.

Goya, con su garra creadora de toda la pintura moderna, en el papel que siempre el destino pictórico designó a los españoles, surge en todo su poder y en obra de carácter íntimo, fuera de «obligaciones» religiosas o políticas, a las que tan insumiso fué el espíritu del genial aragonés. La serie de los cuadros es la serie del gran mirador que se abre a la pintura a través del pincel maestro, que supo milagrosamente en su época imponer su impronta y su gusto, hecho que denota en la

sociedad de su tiempo, en la que fué ídolo general, un grado cultural muy diferente y muy distanciado de nuestro agobiante y mezquino clima científico, teatral, poético y filosófico, si hacemos las salvedades de rigor.

El gran triunfo de la pintura española surge arrollador en el jalón fundamental para la historia del arte que lleva el apellido de Goya. Allí están el impresionismo, el expresionismo, el «abstractismo»; allí se encuentra en la mano única de Goya el gran secreto de la pintura, como si en él se hubiesen dado cita todas las enseñanzas que empezaron en Giotto, pasaron por el Greco, Zurbarán y Velázquez, Ticiano, Tintoretto, etc., y se reunieron en este Goya, tan profundamente ibérico, tan graciosamente inglés, tan elegantemente francés y tan dulcemente italiano. Desde el desgarro hasta el mimo, la lección de cada pincelada queda en los cuadros expuestos con un acierto que no cesaremos de alabar, y que necesitaría como mejor colofón que se formaran largas colas ante el Casón, cosa que es difícil de lograr en la ciudad de Madrid, tan ausente de los acontecimientos y tan amiga de los sucesos.

El Ayuntamiento, con esta exposición ejemplar, en la que, si hay algún fallo —para que no falte el pero—, sería señalar la inclusión del retrato del Deseado del Museo santanderino, ha cumplido bien el epílogo de la conmemoración de la capitalidad, que tanto cuido necesita.
MANUEL SÁNCHEZ-CAMARGO.